

CUENTOS SOMBRIOS

UN HOMBRE CASTO

Por *Alfredo Huertas*

El dicho de que “cualquier tiempo pasado fue mejor” no rimaba bien con las opiniones de los ocho o nueve compatriotas que nos encontrábamos reunidos una tarde alrededor de una de las mesas del más céntrico y popular café de la capital mexicana, dedicados a rememorar épocas preteritas, faustas o amargas, más bien esto que aquello. La conservación giraba sobre las aventuras vividas en la dulce Francia durante los tres o cuatro años en que habíamos permanecido sobre su relativamente acogedor territorio, en destierro forzoso, tras la más cruenta de las guerras y antes de poder rehacer las respectivas existencias en una patria nueva.

Se hablaba de los campos de concentración, esos engendros dantescos que los galos en el sueño de su razón crearan para los emigrados españoles. Uno de los contertulios, conocido como gran humorista, hacía uso de la palabra.

—La gran nación, que yo admiro como el primero, nos abrió las puertas de su casa, es cierto; con ello hizo honor a su lema tan afamado “Liberté, égalité, fraternité”; pero, en seguida, nos encerró entre alambradas como a peligrosas fieras, con lo que agregó a dicho refrán otra asonante: “et barbelé”. . . En esos campos la vida era horrible, moral y materialmente, y quienes, al cabo de muchos meses de reclusión, salían para trabajar, “diz que libremente”, en labores agrícolas de condenados a la penúltima pena, no permanecían sino con la angustiosa amenaza, como espada de Damocles, de regresar a ellos o ir a otros más tenebrosos, llamados “de castigo”, por el más pequeño desliz, por una malquerencia, por cualquier falsa denuncia.

Se comentaron los casos de varios desterrados que sufrieron bárbaras torturas y duros confinamientos por verdaderas insignificancias o por estúpidas chismorreías. . . En algunos lugares era suficiente que un gendarme esquizoide viese a cualquier refugiado en inocente plática con una mujer francesa para que, inmediatamente y sin explicaciones, se le trasladase a un lejano y escalofriante campo de corrección. . . Pensarían, tal vez, que aquel

puñado de bravos hijos de la España libre, si quedaban entregados a su libre albedrío, pudieran dedicarse a repoblar el país; lo que, dicho sea de paso, le hubiese prestado el mejor de los servicios, ya que la gran nación fenece, como esas ganaderías de reses de lidia que decaen y se extinguen por la excesiva reserva de sus sementales.

El amigo que llevaba la voz cantante comentó, a propósito de lo anteriormente expuesto por los demás compañeros “de café con leche”:

—Efectivamente, era un tremendo delito el lanzar una simple ojeada a las damas y damiselas gabachas que por su parte “se nos comían” con los ojos. Y sin embargo, para que veáis que en todas partes tiene vigencia la ley de los contrastes, yo estuve a punto de ser sancionado, por todo lo contrario. Por representar el papel de casto José fui perseguido como un perro rabioso, y sólo por una feliz casualidad pude librarme de varios años de reclusión en alguna inmundada prisión o algo peor.

“Voy a referiros cómo sucedió la cosa:

“Después del inevitable año y pico de estancia en el campo “modelo”, me sacaron para trabajar. Enviáronme, con un contrato del que no me informaron y que no firmé, a un simpático pueblo, muy lindo, muy devoto y muy inmoral del departamento de Tarn, de cuyo nombre, que era algo así como “Gazogéne-sur-Noséqué”, no quiero acordarme; sólo diré que estaba cerca de dos grandes ciudades: Mazamet, industriosa y justamente altiva, y Castres, la bella tierra natal de Juan Jaurés. . . Allí trabajé en varios oficios que, naturalmente, yo no conocía y en los cuales mi rendimiento, por lo mismo, era muy escaso. En poco más de seis meses intenté cortar castaños corpulentos, actué como cocinero de una tropilla de agricultores, conduje camiones cargados de materias explosivas, apisonadoras bohemias o panzudas “cubas” de alquitrán; fui mozo de un garage y logré, por fin, un puesto de precario “chupatintas” en una oficina de fábrica donde me encargaron de las nóminas del personal. La cuestión era ir tirando, y así lo hice, sin queja alguna, con el pensamiento puesto en lo futuro y con el convencimiento de que aquello era eventual y que terminaría. . . Terminó, efectivamente, aunque no como yo esperaba.

“Cuando un grupo de compatriotas escuchamos, en cierto atardecer memorable en los anales de Francia, transmitida por radio la patética voz cascada del anciano mariscal Petain solicitando de “monsieur le chancelier Hitler, un armistice a l’honneur”, en medio de la gran emoción que aquello nos produjo y que llenó nuestros ojos de lágrimas, pues ¡qué diablos! amábamos al gran país, a pesar de todo, uno de los allí presentes resumió el pensamiento común al comentar:

—“¡La paz! Echémonos a temblar, compañeros. . . La primera medida que tome el nuevo gobierno será para fastidiarnos a nosotros. . .

“No cabe duda de que aquello era conocer la sicología de nuestros

asilantes. En efecto, tres días más tarde se expedía un decreto prohibiendo que los extranjeros, y sobre todo los refugiados españoles, trabajasen en oficinas, fábricas o talleres; solamente se les permitía ejercer las más duras labores de la agricultura.

Francamente, no me disgustaba mucho la pérdida de mi empleo, pero sí el hecho de volver al bosque provisto de hacha y “trozador”. Quedé en el pueblo viviendo de lo que “caía”: unos panes y unos huevos donados por algún colega con más suerte, unos peces extraídos del Thoré y vendidos clandestinamente a la patrona de cierto restaurante; un melón o un racimo de uvas hurtados en una huerta, a favor de las sombras de la noche.

Los gendarmes del lugar, buenas personas evidentemente, sabían que yo no trabajaba como agricultor; pero no quisieron encerrarme de nuevo en un campo de concentración y hacían la vista gorda. El sargento, grueso y campechanote, me dijo un día: “Ya sé que está usted algo enfermo...”, con lo cual se justificaba y me proveía a mí de una justificación. Así, pues, podía yo vagar por las carreteras o monologar sobre los divanes del café sin temor alguno... por el momento.

El tiempo transcurría y tuve que buscar afanosa y ahincadamente un medio de ganarme el sustento, pues mis actividades como pedigüño, pescador y ladrón de fruta no me complacían ni me bastaban. Algunos vecinos del pueblo que conocían mi profesión de maestro de escuela me convencieron para que enseñase el idioma castellano a sus hijos y para que les repasara las materias del bachillerato durante las vacaciones.

“Aquello era ya otra cosa y puedo decir que me hallaba satisfecho de la oportunidad. Reuní no menos de media docena de alumnos, y con lo que sus progenitores me pagaban por las clases podía darme por complacido, pues me bastaba para sostenerme. Comenzó mi popularidad entre las buenas gentes del pueblo y los maestros del mismo me llamaban “cher confrére”, querido colega.

“Pensé que mis vicisitudes habían acabado y me adormecí en un suave optimismo cuando pude alquilar en el mejor hotel de la plaza una pequeña habitación y abonarme para comer en el modesto y acreditado restaurante Vigouroux. La maestra titular del pueblo también era comensal del mismo y pronto me invitó a que hiciera mis comidas en su compañía, en una mesa “para dos”, aislada junto a un balconcillo desde donde podía divisarse la inmensa pradera verde cortada por la carretera de Carcasona y el apacentar del ganado, en un fondo bucólico donde sólo faltaban el caramillo pastoril y la imaginación de Virgilio.

“La gentil profesora, llamémosla “Mademoiselle N.” que aparentaba sostener con cierta soltura sobre sus hombros la pesadumbre de cincuenta y tantas primaveras, era “codiciosamente” fea y se jactaba —¡cosa inaudita

y sorprendente!— de no haber conocido varón, en el sentido más bíblico posible de tal participio.

“Era un tanto extravagante en su vestir y tenía su charla cierta petulancia perdonable; sin embargo, se podía conversar con ella como con un amigo aficionado a los temas de literatura francesa que conocía maravillosamente. En aquella época la literatura francesa era, como diría un “gringo”, mi “hobby”, mi chifladura, y con ese motivo sostuvimos interminables pláticas que terminaban, a veces, en discusiones prolongadas. En otras ocasiones hablábamos de nuestra mal llamada guerra civil y el exilio de seiscientos mil españoles, único en la Historia; del desastre francés tan reciente y cuyas trágicas consecuencias comenzaban a padecerse. Todo ello establecía entre nosotros lazos de simpatía, por lo que llegamos a ser, naturalmente, muy buenos amigos.

“Como yo me lamentase cierto día de no poder entregarme a mi vicio favorito, la lectura, a causa de la escasez de mi peculio esquilmadísimo, la señorita profesora se brindó amablemente a prestarme los libros de su bien surtida biblioteca; lo que hizo, conquistando con ello definitivamente mi adhesión. . . Y en una de nuestras plácidas sobremesas me confesó que, en sus ratos de ocio, había compuesto algunas poesías; invitándome después a que le diera mi opinión sobre estas lucubraciones inéditas.

“—Le invito a tomar el té, en casa, mañana por la tarde, y le mostraré con la lectura de mis versitos. . .— me dijo.

“—Con mucho gusto —respondí—, acepto su invitación encantado. . .

“—A las cinco en punto, como los ingleses —cocretó, sonriendo con una coquetísima mueca de niña mimada que me dio mala espina, como una equívoca premonición que, por primera vez, cruzara por mi mente.

“Así, al siguiente día, “five o'clock”, llamé a la puerta de mi amable colega. Iba prevenido para aguantar de la profesora solterona un inacabable “latazo”, con aquella lectura de poemas en agraz; mas creí que tendría mi merecida compensación saboreando un té aromático y unos pastelillos y quién sabe si hasta alguna copita de vino dulce. En aquellos tiempos de racionamiento esto era como entrar, de nuevo, en la civilización.

“Pero, cuando la profesora en persona, apareció en el marco de la puerta, creí caer al suelo fulminado por la más inesperada de las sorpresas. La “demoiselle” se había ataviado para la circunstancia con un vaporoso “négligé” del más inverosímil color lila que podéis imaginar. Su encanecido cabello estaba recogido en trencitas con sugestivos lazos rosados. Además, se había “confeccionado” el rostro como el más sabio de los payasos circenses, con una boquita pintada en corazón y unas cejas prolongadas a la circasiana que producían angustia incontrolada. El perfume, de puro penetrante, mareaba como una travesía sobre aguas turbulentas, y por la insinuante aber-

tura del escote —¡oh, cómo me acuerdo de esto! —se vislumbraban sus senos flácidos que pendían temblequeando lamentablemente como un par de medias puestas a secar al sol. . .

“Quedé aterrado. . . Apenas pude balbucir un torpe saludo entrecortado por malestar indefinible. Alcancé a ver en una salita medio “rococó”, la mesa cubierta con blanco mantelillo de encaje, ornada de flores, surtida de finísima cristalería en la que se reflejaban los últimos rayos del sol poniente, formando un cuadro cautivador, y detrás, una “chaise-longue” para. . . el postre. . . ¡Qué minutos de perplejidad, hermanos! Ni el atractivo de la bien presentada mesa ni el acicate que significaba el término de un bienio de forzada continencia fueron suficientes para decidirme a cerrar los ojos. . . Contemplé a la vetusta damisela que se pasmaba en un gesto de colegiala ruborosa, aferrándose a mí con encarnizamiento y ofreciéndome sus macilentos labios teñidos de bermellón. Me parecía que la Parca, en persona, en una mescolanza macabro-galante, quería ofrendarme sus encantos. . . No compañeros, no era posible. . . Lo horrendo defendió mi virtud, y esbozando no sé qué torpe excusa me desprendí como pude y huí. . . huí como en cierta ocasión memorable lo hiciera José, el ministro del faraón, de junto al lecho de “madame” Putifar. No abandoné la clámide, como en los tiempos bíblicos, porque ya no se usan clámides y, además, porque era verano; pero de haberla portado, no diré la capa, sino hasta el chaleco. . . ¡Palabra!

“La fuga terminó en mi habitación del hotel donde me enclaustré con llave, temeroso de que la “seductora” pretendiera forzar la puerta. Aquella noche mi sueño fue una serie ininterrumpida de crueles pesadillas; todas ellas culminando en danzas lascivas de femíneos esqueletos vestidos con elegante ropa interior, que se mofaban de mi forzada castidad y me imponían lúbricas penalidades. Unos golpes fortísimos y el consabido “Police!” me despertaron antes del alba. Dos ceñudos gendarmes, sin ceremonia alguna, me ordenaron que me preparara inmediatamente para seguirles al cuartelillo.

“Juzgad cuál sería mi estupor cuando me hicieron saber que la otoñal maestra acababa de presentar una denuncia acusándome nada menos que ¡de tentativa de violación!, lo que el jefe de la gendarmería —hombre inteligente, al fin—, no podía creer de ningún modo; y además —y esto era lo peor, por ser cierto—, de trabajar sin permiso ejerciendo clandestinamente la docencia.

“Por lo que, me comunicó el sargento, “sintiéndolo mucho”, se veía obligado a conducirme al campo correccional de Vernet, en el mismo día, donde había de iniciarse el correspondiente proceso criminal. . . Marché al hotel para arreglar la cuenta y recoger las valijas, y antes de que llegaran

a buscarme, tomé “de ocultis” el camino de Marsella, en un “autocar” providencial...

“He aquí, pues, cómo en la tierra gala de los tiempos del anciano mariscal de Vichy, era igualmente peligroso hacer caso de las mujeres o proceder con la debida continencia... Por lo cual no cesaré de recomendaros que, pase lo que pase, en un trance semejante, jamás imitéis, compañeros, a José, el hebreo...”